

La determinación histórica del modo de producción capitalista y de la clase obrera como sujeto revolucionario, frente a la fragmentación actual de la subjetividad productiva de la fuerza de trabajo*

Juan Iñigo Carrera

Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP) - Argentina

La cuestión

«No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser.» (Marx, *La sagrada familia*)

El último cuarto de siglo se ha mostrado particularmente duro con las potencias de la clase obrera para transformar la sociedad. Allí donde la clase obrera había expropiado a los expropiadores, el poder adquirido pareció haberse vuelto contra ella misma. Terminó escapándosele entre los dedos, para ser nuevamente explotada como fuente extremadamente barata de fuerza de trabajo. No le fue mejor en el resto del mundo. Derrota tras derrota, ha visto degradarse las condiciones de trabajo conquistadas tras duras luchas. Sus propios partidos políticos han competido con los neoliberales en ver quien era el campeón en hacerla retroceder.

No ha tenido más suerte cuando, asqueada de los burócratas partidarios, fue a buscar sustento en los teóricos críticos del capitalismo. Primero, se enteró que había perdido su condición de sujeto de la transformación de la sociedad, porque esta transformación era un proceso sin sujeto. Luego, se enteró que el sujeto había sido repuesto, pero que el lugar ya no era suyo. Lejos de ser producto del desarrollo de sujetos universales, la revolución social era ahora producto de la afirmación de un universo de sujetos que sólo tenían en común el reivindicarse como identidades mezquinamente excluyentes. Más aún, no sólo tuvo que enterarse de que ya no era el sujeto revolucionario, sino de que ya ni siquiera era: había desaparecido el trabajo y, con él, ella misma. Después resultó que lo que había desaparecido no era el trabajo sino la forma privada con que se lo realizaba en el capitalismo. El trabajador forzado para el capital era ahora un “obrero social”, y la propia clase obrera debía festejar la pérdida de toda identidad y liberar la alegría de jugar a convertirse en “multitud” o en “sociedad civil”. ¿Y qué de tomar el poder? Ni soñarlo. Resulta que la cuestión no es tomar en las propias manos las potencias del trabajo humano enajenadas como potencias del capital, sino que, al capital, ¡se lo mata con la indiferencia!

Pero hay más. Hoy día, la mera referencia a la necesidad, a la razón histórica, es escándalo y abominación entre muchos de los que se presentan como críticos del capitalismo. “Teleología”, cae la excomunión sobre cualquier reconocimiento científico de que la sociedad avanza en un sentido determinado. Y la acción que se afirma en su libertad por regirse mediante el conocimiento científico de su propia determinación es acusada de ser un atentado “totalitario” contra la libertad. Bajo la advocación del pluralismo y la diversidad, todo potencial revolucionario se degrada al abstracto “deseo”, la “libre voluntad”, la “fuerza moral”, de afirmar una “identidad” que empieza por negar dogmáticamente toda identidad de clase que surja de las relaciones sociales de producción. El dogma llega así a proclamar que es

* Esta ponencia sintetiza los capítulos 1 «La razón histórica de existir del modo de producción capitalista y la determinación de la clase obrera como sujeto revolucionario», 2 «Transformaciones en la acumulación de capital. De la producción nacional del obrero universal a la fragmentación internacional de la subjetividad productiva de la clase obrera» y 5 «La tasa general de ganancia y su realización en la diferenciación de los capitales industriales», del libro *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2003.

el modo de producción capitalista el que logra abolir a la clase obrera, y no a la inversa. Por supuesto, los apologistas desembozados del capital no pueden sino festejar este vaciamiento de necesidad histórica. Si hasta el propio método científico acriticamente aceptado de manera universal como la forma natural de la ciencia, la representación lógica, consagra la imposibilidad de actuar con la certeza respecto de la propia determinación. Por lo tanto, las teorías científicas se reducen a ser formas de *interpretar* al mundo de distintas maneras. De modo que la poesía, la religión y la ciencia vienen a tener iguales títulos como formas prácticas de conciencia en la transformación de lo existente.

Este no es un abstracto problema epistemológico. La interpretación de la propia necesidad implica la negación de su conocimiento objetivo pleno. Lo cual implica que, tanto como el conocimiento científico esté condenado a detenerse en la interpretación, la organización consciente general de la vida social mediante el conocimiento individual pleno de las propias determinaciones está condenada a la imposibilidad. En otras palabras, tanto como la representación lógica sea la forma acabada del conocimiento científico, todo intento por construir la comunidad de los individuos libremente (o sea, conscientemente) asociados, el socialismo o comunismo, se reduce a una quimera.

¿Qué hacer? Sólo cabe enfrentar la cuestión del *qué hacer* mismo de la clase obrera de manera radical. Esto es, a partir de enfrentar críticamente a la propia acción transformadora desde su raíz, desde la determinación más simple del ser social de la clase obrera.

El ser social de la clase obrera: la conciencia libre como forma concreta de la conciencia enajenada

La historia natural humana¹ es la historia de la transformación de las condiciones materiales de la vida social mediante el trabajo. El desarrollo del ser humano como sujeto histórico no es sino el desarrollo de su capacidad para actuar consciente y voluntariamente sobre el resto de la naturaleza, a fin de transformarlo en un medio para sí. En otras palabras, el desarrollo del ser humano como sujeto histórico es el desarrollo de la condición como sujeto de la producción, o sea, de la subjetividad productiva humana. Este desarrollo es el único punto de partida concreto materialista, y por lo tanto científico,² para producir la conciencia respecto de cualquier proceso histórico.

El modo de producción capitalista empieza por disolver toda organización general directa del trabajo social basada en las relaciones de dependencia personal, convirtiendo a los productores en individuos libres. Luego, le da a cada fragmento especial del trabajo social la forma concreta de trabajo privado realizado con independencia respecto de los demás. La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles se organiza entonces mediante un sistema autónomo. Al ser realizado de manera privada e independiente³, el trabajo abstracto socialmente necesario -simple gasto productivo de cuerpo humano cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice⁴ y, como tal, condición natural para la vida humana cualquiera sea la modalidad social que rijan a ésta⁵ adquiere una forma social históricamente específica. Una vez materializado en sus productos, dicho trabajo aparece representado como la aptitud de éstos para relacionarse entre sí en el cambio, poniendo así en relación social a sus propios productores privados e independientes.⁶

¹ Marx, Carlos, *El capital*, T. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. XV.

² Marx, Carlos, *ibíd.*, p. 303.

³ Marx, Carlos, *ibíd.*, pp. 9-10.

⁴ Marx, Carlos, *ibíd.*, pp. 5-6, 11 y 13.

⁵ Marx, Carlos, *ibíd.*, p. 37.

⁶ Marx, Carlos, *ibíd.*, pp. 37-38.

Esto es, se representa como el valor que determina a los productos del trabajo social realizado privadamente como mercancías.⁷

Necesitada de producir su relación social general a través de la producción material, la libre conciencia y voluntad individual del productor que organiza privada e independientemente su trabajo social se encuentra sujeta a una determinación que le es históricamente específica. Debe someterse a la necesidad que le impone la forma de valor tomada por su propio producto material. Debe actuar como personificación de su mercancía; como cuestión de su propia vida o muerte, debe producir valor. El productor de mercancías se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente de las potencias sociales de su producto. Así como la voluntad del productor tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado e independiente de su trabajo individual, se encuentra sometida por completo a los atributos sociales del producto de este trabajo. Desde el punto de vista de la participación del productor privado e independiente en el trabajo social, su conciencia y voluntad sólo cuentan en cuanto él personifica las potencias de su mercancía. La potencia productiva de su trabajo social se enfrenta a los propios productores como una potencia que les es ajena, como una potencia encarnada en sus mercancías. La conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas.

Ahora bien, al mismo tiempo, sólo porque se encuentran sometidas al dominio de la mercancía, es que la conciencia y la voluntad humanas se determinan a sí mismas como libres de todo dominio personal ajeno. En los modos de producción anteriores, empezando por el comunismo primitivo, no existían los individuos libres de relaciones de dependencia personal en la organización de su trabajo social. Quienes se detienen en las apariencias de la circulación de las mercancías, creen que sus poseedores son sujetos abstractamente libres por naturaleza. Pero la libertad humana no es sino una relación social que, en su desarrollo histórico hasta hoy, sólo ha existido y existe bajo la forma concreta del no estar subordinado a relaciones de dependencia personal porque se está sometido a las potencias sociales del producto del trabajo. Por lo tanto, el desarrollo de la libertad no tiene otra necesidad que la que pueda brotar del desarrollo de su misma enajenación.

La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Como relación social general objetivada que representa el trabajo social hecho de manera privada e independiente, el valor toma la forma sustantivada de dinero. El dinero representa a todas las modalidades concretas del trabajo social y, por lo tanto, es en sí mismo la capacidad latente para poner en marcha a todas esas modalidades como punto de partida del proceso de metabolismo social. De modo que la organización de la producción social no parte simplemente de que la conciencia enajenada de cada individuo libre pone en acción su porción de trabajo social. Por el contrario, la conciencia enajenada no hace sino expresar la necesidad de la relación social sustantivada, que pone en movimiento al trabajo social sin tener por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la reproducción ampliada de la misma relación social sustantivada. Se trata, pues, de la valorización del valor, de la producción de plusvalía. Tal es el modo capitalista de organizar la producción social. El capital no es sino la forma histórica específica en que la capacidad para organizar el trabajo de la sociedad se pone en marcha como atributo portado en una cosa producto del trabajo social anterior, con el fin inmediato de producir más de esa capacidad para organizar el trabajo social como atributo del producto material del trabajo anterior. El capital se encuentra determinado así como el sujeto concreto inmediato de la producción y el consumo sociales.

Como individuos libres e independientes, los obreros asalariados entran en relación social general como personificaciones de la única mercancía de que disponen para vender, su fuerza de trabajo. Por lo tanto, la clase obrera no tiene de dónde sacar más potencias

⁷ Marx, Carlos, *ibíd.*, pp. 5-6.

revolucionarias históricamente específicas que las que obtiene de su propia relación social general, o sea, de la producción de plusvalía. Puesto del derecho, la historia de la producción de plusvalía no es sino la historia de la producción de las potencias revolucionarias materiales de la clase obrera y, por lo tanto, de su conciencia y su voluntad revolucionarias.

La clase obrera se constituye a sí misma como tal en su relación necesariamente antagónica con el capital por la venta de la fuerza de trabajo por su valor. Pero el desarrollo de sus potencias revolucionarias específicas no se limita al desarrollo de la subsunción formal del trabajo en el capital. A través de la producción de plusvalía relativa -esto es, del abaratamiento de la fuerza de trabajo por la constante revolución técnica que multiplica la productividad del trabajo aplicado a la producción de sus medios de vida- el trabajo se encuentra realmente subsumido en el capital.⁸ Aun como clase obrera y en su proceso de consumo individual, los obreros son atributo del capital,⁹ que los produce y reproduce como seres humanos, o sea, como poseedores de conciencia.¹⁰ El capital rige hasta la ley de su reproducción biológica.¹¹ Bajo la apariencia propia de la circulación de las mercancías de que se trata de una conciencia libre, la conciencia y voluntad del obrero no tiene otra determinación que el ser la forma concreta necesaria de la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital; o sea, de su propia relación social general objetivada que se ha convertido en el sujeto concreto enajenado de la vida social.

La transformación capitalista de la materialidad del trabajo y del trabajador

En pos de producir plusvalía relativa, el capital revoluciona constantemente las condiciones materiales de producción. Esta revolución no se limita simplemente al carácter de proceso necesariamente colectivo en gran escala que tiene el trabajo en la gran industria mecanizada. Con el desarrollo del sistema de la maquinaria, el capital revoluciona la naturaleza material misma del trabajo. El trabajo va dejando de consistir esencialmente en la aplicación consciente de la fuerza y pericia humanas sobre la herramienta, para hacer que ésta actúe sobre un objeto, transformando así el valor de uso del mismo. En cambio, va tendiendo a consistir en la aplicación del gasto consciente de cuerpo humano al ejercicio del control científico sobre las fuerzas naturales, y a la objetivación del mismo como un atributo de la maquinaria, de modo de descargar automáticamente dichas fuerzas naturales sobre la herramienta, haciendo que ésta actúe transformando el valor de uso del objeto del trabajo.¹²

Luego, el productor de mercancías tiende a ser un individuo colectivo, formado por obreros doblemente libres -en el sentido de no estar sometidos al dominio personal de nadie y de estar separados de los medios de producción necesarios para producir su vida, que consecuentemente se les enfrentan como una potencia social ajena-, que realiza su trabajo de manera privada e independiente. Como tal productor privado independiente tiene dominio pleno sobre su proceso individual de trabajo en tanto sujeto colectivo, pero carece de todo control sobre el carácter social general del mismo. Por ello, debe someter su conciencia y voluntad de colectivo de individuos libres al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, el capital: tiene que producir plusvalía. La conciencia y la voluntad libres de los miembros del obrero colectivo son la forma concreta de su conciencia enajenada en el capital.

⁸ Marx, Carlos, *El capital*, op. cit., pp. 426-27.

⁹ Marx, Carlos, *ibíd.*, p. 482.

¹⁰ Marx, Carlos, *ibíd.*, p. 487.

¹¹ Marx, Carlos, *ibíd.*, pp. 534 y 544.

¹² Marx, Carlos, *ibíd.*, p. 425. Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Volumen 2, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1972, pp. 227-230 y 236-237.

Universalidad y fragmentación capitalistas de la subjetividad productiva del obrero

El modo de producción capitalista tiende a determinar al obrero como un sujeto social cuya libertad se desarrolla en tanto la materialidad de su propio proceso de trabajo, regido de manera enajenada, lo va transformando necesariamente en el portador de una conciencia científica, vale decir objetiva y, por lo tanto, libre, que apunta hacia un alcance universal. Y, así como el capital va borrando de la materialidad del proceso de trabajo las particularidades que corresponden a la aplicación directa de la fuerza de trabajo sobre los objetos, va universalizando los atributos de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, va universalizando las condiciones de su reproducción, o sea, los atributos del consumo humano.

Claro está que el modo de producción capitalista realiza esta transformación en tanto la organización consciente de la producción social es, al mismo tiempo, la forma concreta necesaria de realizarse su opuesto. O sea, en tanto esa organización consciente es la forma concreta necesaria de realizarse la enajenación de las potencias productivas del trabajo humano como atributo de su propio producto material, que se ha convertido en portador de la relación social general. Dicho aún de otro modo, en tanto se trata de la socialización del trabajo privado. De modo que el capital sólo puede desarrollar las potencias y necesidades universales de los sujetos del trabajo social a través de su contrario, o sea, a través de mutilar y fragmentar constantemente la universalidad de la fuerza de trabajo.

Con su socialización privada del trabajo, el capital revoluciona la materialidad del proceso de trabajo del modo visto, a expensas de fragmentar la fuerza de trabajo social al determinar la subjetividad productiva del obrero de la gran industria de tres modos contrapuestos.

En primer lugar, el capital necesita desarrollar la subjetividad productiva de la porción de la clase obrera que participa en el obrero colectivo como portadora del desarrollo de la capacidad de éste para avanzar en el control universal de las fuerzas naturales y en el control consciente del propio carácter colectivo de su trabajo. Considerado en sí, el desarrollo de esta subjetividad productiva expresa la tendencia general inherente al desarrollo históricamente específico de las fuerzas productivas de la sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero esto no quiere decir que el capital avance simplemente en él. Por el contrario, para empezar, el capital mismo contrarresta constantemente su propia tendencia histórica general, convirtiendo cada avance en el control sobre las fuerzas naturales en un atributo objetivado en la maquinaria. Con lo cual logra simplificar el trabajo, no ya meramente manual sino intelectual, que ejerce dicho control. Al mismo tiempo, en el proceso de expansión de su subjetividad productiva enajenada, el obrero colectivo se extiende hasta tomar a su cargo la coacción sobre sí mismo y la representación general del capital. La relación antagónica general entre quienes personifican a la fuerza de trabajo y quienes personifican al capital penetra al interior del obrero colectivo y, en consecuencia, al interior de la propia clase obrera. Los obreros individuales a cargo de estas tareas aparecen ante sí mismos y los demás como la negación misma de lo que son; a saber, miembros de la clase de los individuos libres que sólo cuentan con su fuerza de trabajo como mercancía para vender, o sea, trabajadores forzados para el capital social, miembros de la clase obrera. De donde, aun la parte de la clase obrera que el capital determina como portadora directa del desarrollo de la subjetividad productiva se encuentra mutilada en su capacidad para conocer su propia determinación como sujeto enajenado de la producción social. Por lo tanto, el capital mutila a esta parte de la clase obrera en el ejercicio mismo de la potencia histórica para la cual la constituye: el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la organización consciente objetiva del trabajo social. Esta mutilación de la conciencia objetiva -que la torna en forma concreta de su contrario, la conciencia enajenada-, sólo puede estar portada por la forma misma del método

científico que la produce. Sólo puede ser producto, pues, de que el método científico sea, al mismo tiempo, la forma concreta necesaria de su contrario, la ideología.

En segundo lugar, el sistema de la maquinaria degrada la subjetividad productiva del obrero que adquiere y aplica su pericia manual en el proceso directo de producción. Lo convierte en un apéndice del control objetivado de las fuerzas naturales, o sea, en un apéndice de la maquinaria. Con lo cual, su trabajo se ve constantemente descalificado, despojado de todo contenido más allá de la repetición mecánica de una tarea cada vez más simple. Con cada salto adelante que pega el capital en el proceso de apropiarse de las fuerzas naturales, es decir, con cada salto adelante dado por la capacidad productiva del trabajo mediante el desarrollo de la maquinaria, el capital saca a masas enteras de este tipo de obrero del proceso directo de producción. Y hace otro tanto con el obrero parcial aún sujeto a la división del trabajo en la manufactura. Reemplaza lo que era la intervención necesaria de la subjetividad habilidosa de ambos en el proceso directo de producción por la habilidad objetivada en la máquina. Así y todo, a la par que cada salto técnico expulsa este tipo de trabajo vivo al reemplazarlo por trabajo muerto, genera una multitud de espacios nuevos para su explotación. Estos brotan, precisamente, en base a haberse dado un paso más en la degradación de los atributos productivos de los dos tipos de obrero en cuestión. De modo que el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad regido por la producción de plusvalía relativa mediante el uso de la maquinaria lleva en sí su propia negación. Lo hace en tanto multiplica la población obrera a la que, lejos de desarrollarle su subjetividad productiva, necesita reproducir con una subjetividad productiva cada vez más degradada.

En tercer lugar, la acumulación de capital en base a la extracción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria transforma a una porción creciente de la población obrera en sobrante para las necesidades del capital. El capital es la relación social general de la población obrera, es decir, la relación social general en que la clase obrera entra para reproducir su vida natural. De modo que ser transformado en sobrante para el capital significa verse privado del ejercicio de la capacidad para producir la propia vida natural. El capital arranca así a la superpoblación obrera hasta el último rastro de subjetividad productiva, condenándola a muerte. De este modo brutal, el capital resta el aporte de masas crecientes de la población obrera al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

La razón histórica de existir del modo de producción capitalista

El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la socialización creciente del trabajo privado, o sea, la reproducción del modo de producción capitalista, toma forma concreta en la negación de ese desarrollo a través de las mutilaciones que necesariamente impone sobre la subjetividad productiva de toda la población obrera. Esta forma concreta bajo las cuales el modo de producción capitalista desarrolla las fuerzas productivas del trabajo social libre bastan para poner en evidencia que no se trata de la forma social acabada de ese desarrollo. Se trata de una modalidad histórica específica que lleva en sí la necesidad de su propia superación.

La transformación de la naturaleza del trabajo y del productor de mercancías pone en evidencia la razón histórica de existir del modo de producción capitalista: la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el mismo obrero colectivo que lo realiza, bajo la forma contradictoria del desarrollo del trabajo social como trabajo privado. Se trata de un trabajo cuyo producto se enfrenta a sus propios productores como el portador autónomo de la capacidad para poner en marcha al trabajo de la sociedad y, por lo tanto, como el portador de una potencia social que les es ajena y los domina. Esta contradicción inmanente al modo de producción capitalista es la que lo hace llevar en sí la necesidad de superarse a sí mismo,

engendrando en su propio desarrollo la organización consciente general de la producción social.

La centralización del capital como propiedad enajenada de la clase obrera

El avance en la socialización del trabajo privado tiene por forma necesaria la centralización del capital, o sea, la confluencia de los capitales individuales hacia su unidad inmediata como capital total de la sociedad. Es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo -que al mismo tiempo implica su socialización directa- desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trascienda los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto, esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo.

El curso pasa por que la clase obrera tome en sus propias manos su relación social general enajenada, o sea, se apropie del capital social. Cosa que sólo puede hacer centralizando el capital como propiedad del estado.¹³

La socialización completa del trabajo privado, esto es, la centralización absoluta del capital como propiedad de un estado mundial, es el curso necesario de la acción política de la clase obrera como forma plena del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero este no es su verdadero fin. Después de todo, una sociedad en donde la ejecución y el control íntegros del proceso de trabajo se encontrara en manos de los obreros asalariados, y el capital fuera una propiedad colectiva de estos mismos obreros bajo la modalidad necesaria de capital estatal, sería la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital. Aquí, la separación del obrero respecto de sus medios de producción se ha desarrollado plenamente. Estos medios se le enfrentan al obrero directamente -esto es, ya sin necesitar la mediación de la figura del capitalista- como una potencia social autónoma objetivada que le es ajena y lo domina.

La organización consciente, o sea libre, de la vida social

El carácter privado del trabajo quiere decir lisa y llanamente que la conciencia libre que organiza cada unidad del trabajo social se encuentra privada de controlar sus propias potencias sociales. Estas se le presentan invertidas como el poder social que impone sobre ella su producto -el capital- para corporizar la unidad general del trabajo social. En tanto la conciencia libre personifica necesariamente este poder social que pertenece a su producto, se encuentra determinada como conciencia enajenada.

En la plenitud de su desarrollo, la conciencia libre portadora de la enajenación cobra directamente forma en la materialidad misma del proceso de trabajo. A esta altura, el trabajo consiste materialmente en aplicar una conciencia científica -es decir, una que conoce sus propias determinaciones de manera objetiva y, como tal, que avanza en su libertad- al desarrollo del control sobre las fuerzas naturales a fin de objetivarlas en la maquinaria, o sea, a la multiplicación de la capacidad para organizar el proceso de metabolismo social. Pero este mismo producto, es decir, dicha capacidad multiplicada de organización, se enfrenta a sus productores bajo la forma social específica de plusvalía. Esto es, se los enfrenta como una

¹³ Marx, Carlos y Federico Engels, *Manifiesto Comunista*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1975, pp. 49-50.

potencia social que les es ajena por pertenecerle al producto material de su trabajo y a la cual se encuentra sometida su misma conciencia objetiva. Se trata de una organización automática de la vida social, donde el trabajo humano consiste en desarrollar la capacidad para controlar dicha organización conscientemente, que al mismo tiempo tiene por objeto inmediato la multiplicación de la capacidad para organizar automáticamente la vida social a espaldas de la conciencia de sus productores.

El límite absoluto al desarrollo capitalista de las fuerzas productivas de la sociedad reside en esta negación del dominio pleno sobre las propias potencias del trabajo social. Por lo tanto, la barrera capitalista última al desarrollo de las fuerzas productivas reside en la mutilación que le impone a la conciencia libre su determinación como forma de existencia de la conciencia enajenada. La superación de esta barrera implica necesariamente la aniquilación del trabajo privado como modo de organizarse el trabajo social, dando curso a la organización consciente general de este trabajo.

Este paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas toma entonces necesariamente una forma concreta material que le es específica. A saber, toma la forma de una revolución social en la que el sujeto material de ese desarrollo, o sea, la clase obrera, no se limita ya a aniquilar a la burguesía transformando al capital en una propiedad inmediatamente social. Lo que hace es aniquilar al capitalismo mismo. Y, con él, aniquila al representante político general del capital social, al estado. Con lo cual la clase obrera alcanza también su propio fin. La nueva relación social general tiene por forma concreta la conciencia y voluntad mediante las que el trabajador se determina a sí mismo de manera inmediata como órgano individual del trabajo social. La libertad no consiste ya en no estar sometido al dominio personal de otro a expensas de encontrarse sometido al dominio de las potencias sociales del producto del propio trabajo. Ahora, la libertad consiste en no estar sometido al dominio personal de otro por poseerse el dominio pleno sobre las potencias sociales del propio trabajo. Se ha desarrollado como la conciencia objetiva plena respecto de la propia subjetividad individual como portadora de las potencias productivas sociales. Se trata, por lo tanto, de la organización consciente general del proceso de producción de la vida social. La conciencia libre, o sea, la libre individualidad, ha pasado a ser la relación social general.¹⁴

Las potencias revolucionarias históricamente específicas de la clase obrera para superar el modo de producción capitalista no brotan de la realización del “derecho”, la “justicia”, o la “igualdad” ante la “antinatural” injusticia y explotación capitalistas;¹⁵ ni de la realización de la “dialéctica de la eticidad”;¹⁶ ni del “aumento en la autodeterminación interna o moralidad propia”;¹⁷ ni de que la mera relación antagónica entre explotadores y explotados en la lucha de clases genere una abstracta acumulación de experiencia;¹⁸ ni de la autonomización de la lucha de clases respecto de su determinación como forma concreta necesaria de la socialización del trabajo privado;¹⁹ ni de la autonomización de la conciencia de la clase obrera respecto del capital, sea de manera relativa mediante la producción de una “doctrina” revolucionaria,²⁰ sea mediante su “autovalorización”;²¹ ni de la “democratización”

¹⁴ Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Volumen 1, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971, p. 85.

¹⁵ Bernstein, Eduard, *Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la social democracia*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966, p. 157. Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Verso, London, 1985, pp. 180-181.

¹⁶ Habermas, Jürgen, *Conocimiento e interés*, Taurus Ediciones, Madrid, 1982, p. 67.

¹⁷ Mezaros, István, *Marx's Theory of Alienation*, Merlin Press, London, 1986, pp. 188-189.

¹⁸ Lukács, Georg, *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Editorial Grijalbo, México, 1969, p. 83.

¹⁹ Holloway, John, «The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle», Werner Bonefeld y John Holloway (eds) *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*, Macmillan, London, 1991, p. 100.

²⁰ Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx* (título original: *Pour Marx*), Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1968, pp. 142-181.

del capitalismo en un aparente empate entre la conciencia abstractamente libre y la conciencia abstractamente enajenada mediante el “socialismo de mercado”;²² ni de la producción de una conciencia obrera capaz de seguir desarrollándose por su cuenta más allá del agotamiento del desarrollo de las fuerzas productivas;²³ ni de la necesidad de evitar la “barbarie” ante la creciente imposibilidad mecánica de la reproducción del capital;²⁴ ni de esta imposibilidad mecánica misma;²⁵ ni de la resistencia de la población obrera sobrante para el capital en su lucha desesperada por sobrevivir.

Cada una de estas supuestas razones presupone que la conciencia obrera se impone, por sí, sobre la propia determinación del ser social de la clase obrera como atributo del capital. Todas ellas constituyen, por lo tanto, inversiones idealistas. Y a todas ellas es necesario oponer un enfoque materialista. El modo de producción capitalista no es sino la forma en que la sociedad desarrolla sus fuerzas productivas materiales mediante la acelerada socialización del trabajo libre -o sea, mediante la gestación y el avance de la organización consciente del trabajo social por los propios productores directos- al poner a la multiplicación misma de dicha socialización como el objeto inmediato de la producción y el consumo sociales. De modo que esta modalidad de organización de la producción social se pone en acción con el fin inmediato de reproducir esta misma modalidad de organización en una escala cualitativa y cuantitativamente ampliada. De ahí su necesidad específica de revolucionar la materialidad misma del proceso de trabajo, transformándolo en el ejercicio de las facultades humanas para subordinar las fuerzas naturales a su control consciente ejercido como una potencia directamente social. Pero también de ahí que los productores directos se enfrenten al producto de su propio trabajo libre como el portador de la organización de la producción social que se les impone como una potencia ajena que los domina; o sea, como la negación misma de su organización consciente del trabajo social, como capital. Por lo tanto, el modo de producción capitalista revoluciona constantemente la materialidad del proceso de trabajo de una manera que encierra la necesaria superación de su propia reproducción. Sólo por estar plenamente determinada como atributo de su propio producto material enajenado, y por conocerse plenamente en esta determinación suya como forma necesaria de avanzar en la socialización consciente del trabajo, la acción revolucionaria de la clase obrera es la expresión plena actual de la acción liberadora.²⁶

La conciencia obrera como negación de la negación de la conciencia libre

La necesidad inmanente al modo de producción capitalista de desarrollarse hasta superarse a sí mismo en la organización consciente general de la producción social nos pone de inmediato ante el proceso de desarrollo de la conciencia. La conciencia capaz de organizar al proceso de producción social en su integridad debe haber alcanzado la potencia inherente a la plenitud del conocimiento objetivo, esto es, necesita ser una conciencia plenamente libre. Pero ella no puede alcanzar esta condición como fruto de la superación ya realizada del modo de producción capitalista. Al contrario, esta superación es el fruto del pleno desarrollo de la conciencia libre. Por lo tanto, la conciencia plenamente libre debe ser necesariamente el producto más genuino del propio modo de producción capitalista. Más concretamente aún, debe ser necesariamente el producto del sujeto social que el modo de producción capitalista

²¹ Negri, Antonio, *Marx au-delà de Marx*, Christian Bourgois Éditeur, Paris, 1979, p. 182.

²² Schweickart, David, *Against Capitalism*, Cambridge University Press, New York, 1993. Roemer, John, *A Future for Socialism*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1994.

²³ Trotsky, León, *El Programa de Transición*, Ediciones Política Obrera, Tigre, s/f, pp. 5, 7-8 y 42-44.

²⁴ Luxemburg, Rosa, *La acumulación de capital*, Editorial, Buenos Aires, 1968, pp. 332 y 485.

²⁵ Grossmann, Henryk, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI Editores, México, 1984, p. 121.

²⁶ Engels, Federico, *El Anti-Dühring*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1967, pp. 122-123.

determina objetivamente como el portador de su propia superación, resultante de la misma acción en que dicho sujeto da cuerpo a esta superación. En síntesis, la conciencia en cuestión sólo puede desarrollarse como el producto de la acción política de la clase obrera en el proceso de superar al modo de producción capitalista. Y esta acción tiene, por forma concreta necesaria, al avance en la socialización del trabajo privado mediante la centralización del capital como propiedad social enajenada, como propiedad del estado. La conciencia de la clase obrera portadora de la superación del modo de producción capitalista sólo puede desarrollarse como un momento concreto necesario de dicho proceso de centralización del capital.

Pero la conciencia de la clase obrera está determinada como atributo del capital y, por lo tanto, como forma de la conciencia enajenada. Ante todo, la conciencia libre de la clase obrera es la forma concreta necesaria de su conciencia enajenada. Es, pues, la negación de la conciencia libre bajo la apariencia de ser una conciencia libre. Por lo tanto, la conciencia portadora de la superación del modo de producción capitalista no puede desarrollarse como la abstracta afirmación de la conciencia libre de la clase obrera. Sólo puede desarrollarse como la conciencia libre de la clase obrera que se determina a sí misma como una conciencia enajenada que avanza en la negación de su propia enajenación. O sea, como una conciencia cuya libertad reside en determinarse a sí misma como la negación de la negación de la conciencia libre.

La producción de la conciencia científica de la clase obrera respecto de su propia potencialidad histórica no es una cuestión abstractamente científica. Es un momento específico necesario de la acción política de la clase obrera en la lucha de clases. Mientras permanece prisionera del mismo método científico que opera como la conciencia objetiva capaz de producir plusvalía relativa mientras se enfrenta a sí misma de manera no objetiva, o sea, de la representación lógica, la conciencia científica de la clase obrera es impotente para descubrir que, en el modo de producción capitalista, la libertad no es más que la forma concreta de la enajenación. Se mutila entonces en sus propias potencias históricas, al verse a sí misma como una conciencia abstractamente libre. Pero a medida que la propia acumulación de capital requiere desarrollar el control directo del carácter social del trabajo, la acción consciente de la clase obrera necesita avanzar hacia la superación de esta apariencia. Necesita dejar atrás la exterioridad de la *representación* lógica para regirse mediante la *reproducción* de lo concreto en el pensamiento, o sea, mediante el conocimiento dialéctico. *El capital* de Marx es en sí mismo el desarrollo, realizado por primera vez y puesto bajo una forma que permite su reproducción social, de la conciencia enajenada de la clase obrera que se produce a sí misma como una conciencia enajenada que conoce su propia enajenación y las potencias históricas que obtiene de ella. En *El capital*, esta conciencia se despliega hasta alcanzar sus determinaciones generales que conciernen a la acción revolucionaria de la clase obrera en la que dichas potencias históricas se realizan produciendo las condiciones materiales para la organización consciente -por lo tanto, libre- de la vida social.

La fragmentación nacional de la subjetividad productiva de la clase obrera como obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad

La unidad mundial de la acumulación de capital se realiza bajo la forma de procesos nacionales independientes. Esta forma, ella misma manifestación concreta del carácter privado del trabajo, se constituye en una base para la fragmentación de la clase obrera en función de la diferenciación de su papel en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

La forma clásica de la división internacional del trabajo se recorta centralmente por la provisión de materias primas para los países donde la acumulación toma su forma general

desde otros países en donde las condiciones naturales permiten una mayor productividad del trabajo en la producción y extracción de dichas materias primas. En consecuencia, hacia estos segundos países fluye una masa de renta diferencial y de simple monopolio absoluto sobre la tierra. Esta masa tiene su fuente en la plusvalía generada por los obreros de los países importadores a donde las mercancías primarias llegan al consumo individual. De modo que dicha plusvalía no sólo escapa a la apropiación de los capitalistas individuales de estos países, sino del proceso nacional de acumulación de capital mismo. Estas economías nacionales salen entonces a recuperar para sí la mayor parte posible de la renta en cuestión. En el desarrollo histórico lo han hecho de dos modos. Ambos han sido en asociación con los terratenientes de los países donde se apropia la renta, que la comparten como condición para su propia gestación y reproducción como tales. El primer modo de retorno de la plusvalía en cuestión se ha realizado por medio del endeudamiento público externo del país beneficiario de la renta con el país originario de la misma, a tasas de interés marcadamente por encima de las normales. El segundo modo, que adquiere vigencia general a partir de la crisis de 1930, consiste en que los países de donde escapa la renta de la tierra la recuperan mediante la colocación de capitales industriales en los países destinatarios. Pero no lo hacen para producir desde estos países con la escala normal necesaria para competir en el mercado mundial, sino para operar en ellos en la pequeña escala que corresponde a sus mercados internos. Luego, estos capitales compensan el efecto negativo que tiene su escala restringida sobre la generación de plusvalía mediante la apropiación de la renta de la tierra en cuestión a través de políticas estatales *ad hoc*. A esta base de valorización suman, a) la reutilización de la maquinaria que ha quedado obsoleta en sus países de origen por el desarrollo de la escala necesaria para competir en el mercado mundial, b) las ganancias que fluyen hacia los capitales en cuestión desde los pequeños capitales locales vía la relación que se expone más adelante y, por sobre todo, c) la compra de la fuerza de trabajo local por debajo de su valor. Esta porción nacional de la clase obrera se ve así doblemente privada de participar activamente en el desarrollo mundial de las fuerzas productivas de la sociedad. Tal es el contenido de los procesos de acumulación de capital que son presentados ideológicamente como si fueran expresión de su contrario, bajo el nombre de “industrialización por sustitución de importaciones”.²⁷

Mientras esta modalidad de la división internacional del trabajo no deja de reproducirse, surge una nueva que le da su especificidad contemporánea. Esta nueva modalidad se basa directamente sobre la fragmentación internacional de la subjetividad productiva del obrero en la gran industria que produce en la escala del mercado mundial. La misma se desarrolla, en particular, a partir de la robotización de la línea de montaje y del ajuste computarizado de la maquinaria. Estos procesos tienen un doble efecto sobre los atributos productivos del obrero. Por una parte, multiplican la complejidad del trabajo aplicado a desarrollar el control sobre las fuerzas naturales y sobre la organización consciente del trabajo colectivo; por la otra, simplifican agudamente el trabajo manual de montaje, así como el trabajo manual e incluso el intelectual que operan como apéndices de la maquinaria. A este movimiento contrapuesto se suma el desarrollo de la comunicación electrónica de datos y de los medios de transporte.

Mediante este nuevo desarrollo de la división internacional del trabajo, la acumulación mundial toma forma en la constitución de un número restringido de naciones en donde el capital tiende a ubicar el tipo de trabajo que expande los atributos productivos del obrero. La acumulación de capital determina a un segundo tipo de ámbito nacional como localización de

²⁷ La Argentina es una de las expresiones más plenas de esta especificidad. Ver al respecto: Iñigo Carrera, Juan, «La acumulación de capital en la Argentina», Documento del CICP, Buenos Aires, 1998, «Crisis y perspectivas del capitalismo argentino», *Realidad Económica*, N° 171, 2000, p. 52-75 y *La formación económica de la sociedad argentina. Volumen I. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa 1882-2004*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2007.

los procesos productivos que requieren esencialmente una fuerza de trabajo degradada en sus atributos productivos y determinada como población obrera sobrante latente o estancada. Por último, la unidad mundial de la acumulación de capital torna brutalmente a otros países en meros reservorios de población obrera sobrante consolidada, a la que arranca el ejercicio de toda subjetividad productiva. En apariencia, la “globalización” del proceso de producción del capital industrial hace tabla rasa con las fronteras nacionales. En realidad, se sostiene en la acentuación de las mismas como base para abaratar la fuerza de trabajo.

A su vez, la diferenciación nacional de los atributos productivos del obrero se potencia por la relación entre los capitales normales, que ponen en acción la productividad del trabajo correspondiente a la formación de la tasa general de ganancia, y los pequeños capitales incapaces ya de alcanzar dicha productividad. Estos pequeños capitales han quedado atrás en el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo. Pero se mantienen en producción compensando su mayor costo de producción mediante su valorización a una tasa de ganancia que corresponde a la tasa de interés que podrían obtener de liquidarse y convertirse en capitales colocados a préstamo. Sin embargo, el precio de venta determinado mediante la compensación mutua entre mayor costo y menor tasa normal concreta de ganancia puede ubicarse por debajo del precio de producción determinado por la formación de la tasa general de ganancia. En este caso, los pequeños capitales en cuestión apropiarían una ganancia extraordinaria, ubicada por encima de la que rige su existencia normal concreta como capitales industriales. Sin embargo, estos capitales no pueden evitar su competencia mutua por la ganancia extraordinaria en cuestión, haciéndola escapar de sus manos. Pasa entonces a los capitales normales que se vinculan directamente con ellos en la circulación. Estos capitales multiplican así su capacidad de acumulación gracias a la subsistencia de los pequeños capitales que no son portadores del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.²⁸ Esta fuente de ganancia para los capitales normales se encuentra potenciada por el hecho de que los pequeños capitales son particularmente apropiados para ejercer la explotación despiadada de la fuerza de trabajo cuya subjetividad productiva se encuentra en retroceso, más aún cuando la misma constituye la masa de la población obrera dentro de un país.

Sobre la base de estas diferenciaciones nacionales, el capital actúa en contra de su tendencia histórica hacia la universalización de las condiciones en que reproduce a los obreros de la gran industria. Lo hace al asociar las diferentes subjetividades productivas de los órganos especializados del obrero colectivo con las diferentes condiciones de reproducción de cada fuerza de trabajo nacional. Luego, suma a su capacidad de explotación, la exacerbada competencia internacional que impone entre los fragmentos nacionales de la clase obrera. La cuestión acerca de la forma de la unidad que la clase obrera necesita oponer a su doble fragmentación por el capital -basada tanto sobre la diferenciación de la subjetividad productiva como sobre la división internacional del trabajo- se encuentra en la base misma de la cuestión acerca de las formas de conciencia capaces de organizar su acción política.

²⁸ Esta modalidad de imponerse la igualación normal de las tasas de ganancia bajo la forma concreta de su constante desigualdad en función de la permanencia del pequeño capital en actividad, es el verdadero contenido de lo que la economía política invierte al explicar las diferencias en las capacidades concretas de acumulación por las formas del mercado. Esta inversión se extiende desde la teoría de la «competencia imperfecta» neoclásica hasta la teoría del «capital monopolista».